

FÉLIX F. OUTES

UNA LUZ

SOBRE LOS QUERANDI



BUENOS AIRES

1936

UNA LUZ
SOBRE LOS QUERANDI

EDICIÓN PRIVADA DE 100 EJEMPLARES NUMERADOS
EN LA MÁQUINA DEL I AL 100

Ejemplar N° 32

FÉLIX F. OUTES

UNA LUZ

SOBRE LOS QUERANDI



BUENOS AIRES

—
1936

UNA LUZ
SOBRE LOS QUERANDI ¹

De colocarme en un plano de ficción, podría afirmar, sin menoscabo de la verdad, que el conocimiento que se tenía de los Querandi, cuarenta años atrás, no ha progresado en lo más mínimo. Como en aquel entonces, las fuentes de información de primera mano, al alcance de los especialistas, se reducen a las sobrias noticias, del primer contacto, recogidas por Luis Ramírez en su mentada carta o comunicadas, verbalmente, al ilustre Gonzalo Fer-

¹ Comunicación a la Sociedad Argentina de Antropología, leída el 4 de noviembre de 1936.

nández de Oviedo y Valdez por Alonso de Santa Cruz; a los consabidos textos de Ulderico Schmidl, que siempre habrán de analizarse con rigor y discernir con cautela; y a tal o cual fugaz alusión, diluída en documentos públicos o privados del tercero al quinto decenio del siglo xvi.

Esta breve suma de noticias — que concuerdan las más de ellas — alude, ciertamente, a un determinado complejo, al parecer numeroso, de nómadas cazadores de estatura elevada, que vivían en los llanos del centro oriental sin desbordar los barrancos submarginales del Paraná inferior y del Plata medio, y cuyas modalidades de vida material, también de acuerdo con aquellas observaciones precisas, se funden, sin ofrecer el más leve matiz diferencial, en la misma gama uniforme propia de los géneros de vida, los alimentos, habitación, vestidos y medios de existencia de cualquier otro de los grupos indí-

genas que divagaron, en las grandes llanadas argentinas, por la segunda mitad del siglo xvi y en el transcurso del xvii.

En cuanto al anhelado indicio lingüístico, que hubiere obviado la referida ausencia de significado indicador en el acervo material, tampoco lo poseen aún, los especialistas, en forma alguna : sabido es, que cierto documento referente a las encomiendas de Querandi que poseían, en la jurisdicción de Santa Fe, Alonso Fernández Montiel, Juan Resquín y Alonso Delgadillo y Atienza, por 1678 — dado a conocer hace algo más de setenta años —, sólo registra el gentilicio, en una de sus menciones postreras.

Mas he aquí — abandonaré el punto de vista hechizo a que aludiera al iniciar esta lectura — que he tenido la fortuna de hallar ocasionalmente, huelga decirlo, un documento original de fines del siglo xvi que ofrece, en mi concepto, los datos de

mayor valor, apuntados hasta ahora, a propósito de los tan discutidos Querandi, que, no ha muchos años, hasta hubieron de ser escamoteados, con elegancia, por un maestro ilustre y escritor incomparable.

En efecto, por marzo de 1647, Roque González de Mendieta, vecino de Santa Fe, solicitó al Alcalde ordinario de la ciudad, se le recibiera una información de *vita et moribus* a fin de « oCurrir ante el Señor gouernador — decía — paraque mehaga merçed de encomendarme algunos yndios delos que estan bacos... ». Nada obstó pedido tan corriente; y la probanza, iniciada con el acostumbrado desfile de testigos y su retahila de interesantes pormenores, había de vigorizarla, Roque González de Mendieta, añadiendo ciertos recaudos, originales, referentes a sus propios méritos y servicios y a los contraídos o realizados por algunos de sus antepasados.

Así figura, en la probanza a que vengo refiriéndome — agregada, por otra parte, a un extenso cuerpo de autos iniciado en Buenos Aires por el octavo decenio del siglo xvii —, un título de merced de encomienda otorgado en Santa Fe, por el gobernador Juan Ramírez de Velasco, el 31 de julio de 1597 a favor del capitán Juan de Vallejo, bisabuelo de Roque González de Mendieta.

Juan de Vallejo, poblador de la primera hora, compañero de Garay en sus rudas empresas santafecinas y bonaerenses, había dominado, con brazo fuerte — y acaso fuera su mayor orgullo —, aquel cruento episodio promovido por Lázaro de Benialbo y otros aventureros : se expresa, en las informaciones de la época, que el propio Vallejo desjarretó, sin escrúpulos, a Pedro Gallegos, uno de los principales facciosos en la asonada. Por empeños tan laudables, recibió, en galardón, indígenas dispares,

con « Sus tierras, Rancherías, aguadas, pesquerías, casaderos... », etc. ; mercedes, todas ellas en el distrito de la ciudad de Santa Fe, que, justamente, confirmaba el recordado título de Ramírez de Velasco : « como si todos estuviesen en vn pueblo » — expresa el documento — y « enqualquier Lenguas quescan ... ».

Tal vez no sea oportuno, pues podría perturbar la visión clara y circunscripta de los hechos que me propuse dar a conocer, puntualizar el contenido etnográfico — en extremo sugestivo —, de aquel documento, en lo que se refiere a los indígenas dados en encomienda a Juan de Vallejo o que le fueron entregados, en calidad de depositario, sea por Juan de Garay el 10 de mayo y 13 de julio de 1576 y 1580 respectivamente, por Juan Torres de Vera y Aragón el 3 de mayo de 1588 o por Felipe de Cáceres el 2 de diciembre de 1591.

Sébase, tan sólo, que en la merced originaria del Adelantado Torres de Vera y Aragón figura el « pueblo » Querandi — así dice el título — de Culalitan, conocido, también, con el nombre de Achailen, con los caciques Totamo y Atisyama; y que entre los indígenas depositados por Felipe de Cáceres, se hallan comprendidos los que vivían en el « pueblo » Querandi de Singlton, « con los Casiques que en el vbieren ... ».

No me atrevo a enunciar los problemas que plantea este primer hallazgo, tan auspicioso, de topónimos y patronímicos de un grupo étnico desconocido del punto de vista lingüístico. He expresado, alguna vez, que « no me seducen las etimologías y he tratado, siempre, de percatarme de sus risueñas extravagancias ». Pero pienso que el examen semántico, serio y bien conducido, suele aclarar el origen y vinculaciones de elementos lexicográficos por esca-

sos que sean y desfigurados que estén. Entretanto, puedo anticipar que, al parecer, el idioma de los Querandi constituye una unidad con personalidad propia, desvinculado, tal vez, de las otras lenguas vernáculas de los llanos meridionales; circunstancias que explicarían por qué Alonso de Barzana — el ilustre jesuita del siglo xvi — compuso arte y vocabulario, según lo recuerdan Nicolás del Techo en su *Historia* (1673) y Pedro Lozano en la excelente *Descripcion chorographica* (1733) de que es autor.



SE DIÓ TÉRMINO
A LA IMPRESIÓN DE ESTE OPÚSCULO
EL 2 DE DICIEMBRE DE 1936
EN LA IMPRENTA
Y CASA EDITORA
« CONI »